JOSÉ MIGUEL GIMENO

María del Rosario

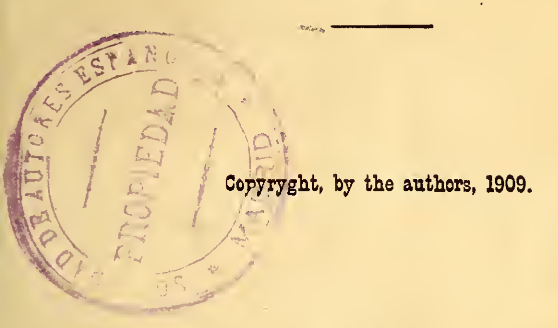
BOCETO LÍRICO-DRAMÁTICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

música del maestro

JOSE FONRAT

Estrenada en el teatro Martín la noche del 14 de Enero 1909.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1909

6

María del Rosario

BOCETO LÍRICO-DRAMÁTICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

original de

JOSÉ MIGUEL GIMENO

música del maestro

JOSE FONRAT

Estrenada en el teatro Martín la noche del 14 de Enero 1909.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado bajo.
1909

A la notabilísima tiple dramática

Srta. D.ª Eulalia Uliverri,

dedica este modesto trabajo

José Miguel Gimeno.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María del Rosario.....................	Srta. Uliverri.
Mercedes, Marquesa de Montefrío...	» España.
Manuel, hijo de la anterior..........	Sr. Angoloti.
Frasquito, viejo, dueño del ventorrillo.............................	» Muro.
Joseíco, mozo acomodado del barrio de San Lázaro....................	» Uliverri.
Antonio, padre del anterior.........	» Luján.
Don Luis....	» Del Toro.
Melecio, viejo, criado del ventorrillo.	» Portas.
Ramón. / **Paco..** — Cocheros de Manuel.......	» Merello.
N. N	
N. N..............................	

Coro general.

La acción en Granada.—Epoca moderna.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el Camino de la Cartuja, en Granada. A la derecha y en primer término, un ventorrillo con su puerta practicable; á su derecha una reja rasgada al nivel del suelo. La izquierda representará la vegetación propia de aquel lugar, olivos, nopales, etc., bordeando estos últimos todo el camino hasta el foro, en donde debe dibujarse la silueta de la Cartuja.

ESCENA PRIMERA

FRASQUITO á la puerta del ventorrillo. MARIA DEL ROSARIO cantará dentro la copla con que empieza la obra, cuyas últimas notas debe dar saliendo á escena.

Música.

Ros. No hay dolor que tener puéa
con er mío paresío,
pue soy huérfana de mare
sin haberla conosío,

Hablado.

¡Güen día tenga osté, pare!
FRAS. Mú güeno lo tengas, hija,
tú también, y asín Dios quiera
cormarte de tanta dicha,
que hasta der sielo los ángeles
tengan que tenerte envidia.
ROS. ¡Sí soy felís, pare mío,
si náa me mortifica;
pero no pueo evitá
que ar saludá cáa día
con mis trinos y gorjeos
la lus que Dios nos envía,
dedique un triste recuerdo
á mi probe maresica,
que sin dúa desde er sielo
velando está por su hija!
FRAS. Noble impurso que te honra
es ese, por vía mía,
y no trato de negarlo;
pero Rosarico, mira;
yo me voy poniendo viejo,
y ar finá ya de mi vía,
como quien dice, quisiera
ve que esa cara bonica
no l'anublara la pena
que su frescura marchita,
y á tus ojos, siempre beyos,
la lus briyante le quitan.
Los amigos van yegando
con motivo de tus días;
desecha pué la tristesa,
recuerdos malos orvía,
qué pá sufrí, Rosarico,
tiempo tienes entoavía.
(Durante los últimos versos van saliendo á escena las señoras y caballeros del coro.)

ESCENA II

Dichos y CORO general; poco después JOSEICO.

Música.

ELLAS. Por sé tus días,
beya Rosario,
hoy las amigas
vienen der barrio,
pá demostrarte
tóo el afecto
que tus bondáes
les inspiró.
ELLOS. Tóos ar verte
de grasia llena,
á coro exclaman:
¡Olé, morena!
eres divina,
la granaina
má hechisera
que Dios crió!
ELLAS. Como ninguna
eres de hermosa,
no tengas dúa,
créeme á mí;
por tus encantos,
que iguar no tiéen,
los hombres mueren
d'amor por ti.
ELLOS. Cuando luciendo
tu esberto taye,
vas por la caye
niña juncar,
tóas las jembras
mueren d'envidia
sin que por eyo
te quieran mar.
ROS. Vuestras palabras
que al arma yegan,
ayá en su fondo
durses resuenan,
y me conmuevo
al escucharlas,
y contestarlas
quisiera yo.
Pero no pueo,
con sentimiento,
desir qué siento
dentro de mí,
pué me l'impie
emosión grata,
que eternamente
guardaré aquí.
CORO. Que nunca sepas qué son penas
tóos te deseamos,
y que te corme de venturas

á Dios también rogamos;
pué tóo, niña, lo meresen
tu modestia y bondá,
y aquí tóos te profesamos
la mayor amistá.

ROS. Amigos, mi agraesimiento
no sé cómo mostrar
y á vuestras frases cariñosas
no sé qué contestar.

CORO. Aquí viene José,
un güen moso en verdá;
no hay otro como él
en tóa la ciudá. (Sale Joseíco.)

JOS. Dios te guarde, Rosario, gentil
flor la más beya
que s'encuentra en la vega
que bañan Darro y Genil.

ROS. Aunque tu elogio
yo no merezco,
con tóa el arma
te l'agraesco.

JOS. Saludo á tóos.

CORO. Que te guarde Dios

FRAS. (Güena pareja
harán los dos.)

JOS. Ar tenerte Rosario (Llevándola aparte.)
siempre á mi láo,
á mirarme en tus ojos
m'acostumbrao.
No me niegues, pué, d'eyos
su lus serena,
si no me verá pronto
morí de pena.

ROS. Cáyate, José,
cáyate por Dios.

JOS. Cayar no puéo, niña;
oye lusero,
nesesito desirte
cuánto te quiero.

ROS. Cáyate, José.
no sigas por Dios.

TODOS. Güena pareja
harán los dos.

Hablado.

FRAS. ¡Ea! Basta ya de música
y sus váis tóos pá dentro,
que Melesio habrá subío
de la boega un peyejo
de los que no ven la lus
si no se repica résio.
VARIOS. Pué vamo ayá, compare.
UNO. Y vaya por ti, Rosario.
OTRO. La Virgen de las Angustias
permita vivas mil años.

(Van entrando todos en el ventorrillo, quedando los últimos Rosario y Joseíco, y al ir á entrar aquélla el último la detiene á la puerta.)

ESCENA III

ROSARIO y JOSEICO

JOS. Rosario.
ROS. ¿Qué quiées, José?
JOS. Que aguardes aquí un momento
pues á solas quiéo hablarte.
ROS. Ya me lo dirás adentro
(Haciendo movimiento de entrar en el ventorrillo.)
que los amigos esperan
y é de rasón atenderlos.
JOS. Güeno, déjales que esperen,
pué lo que desirte quiero
no requiere má testigos
que tú y yo.
ROS. **(Con zalamería.)** ¿Esa tenemos?
¿Secretitos... tan temprano?
¡Ah!... Vamo, ¡ya lo comprendo!
habrás soñao esta noche
sin dúa con argo güeno,
y habrás pensao: Rosario
no se quea sin saberlo,

ahora me voy pa su casa
se lo cuento... y...

Jos. (Interrumpiéndola.) No, no é eso

Ros. Entonse... ¿será otra cosa (Sonriendo.)
de seguro?...

Jos. Por supuesto;
pero oye, Rosarico,
has er favó, yo te ruego
con el arma y con la vía
dejes las bromas... pa luego.
Ahora, escúchame formar,
porque el asunto é mu serio.

Ros. Güeno, pue me tiées ya mùa
y tus palabras espero.

Jos. Rosarico, tú sin dua,
ar menos asín lo creo,
cuar yo, no habrás orviao
aqueyos felises tiempos
en que juntitos los dos,
sin disgustos y sin duelos,
vimos transcurrir los años
de nuestra infansia, contentos,
juntos siempre, sin que nunca
asartara ar pensamiento
ninguna idea marsana
que turbara nuestro sueño.
Tú me yamabas tu hermano,
y yo, orguyoso por eyo,
te cormaba de carisias
y era siempre en nuestros juegos
con otros niños der barrio,
defensó de tus derechos.
Como hermana mía, tú
m'otorgabas tóo tu afecto
ar mismo tiempo, y premiabas
mi protección con tus besos.

Ros. ¡Joseíco!... (Avergonzada y ruborosa.)

Jos. No tiées por qué
avergonzarte por eyo...
las caricias entre niños
han sío en tóos los tiempos
tan puras, cuar las sonrisas
de los ángeles der sielo. (Pequeña pausa.)

Aqueyos tiempos pasaron. .
No hemos de gorver á eyos...
Tú eres ya, tóa una mujé,
yo, un hombre hecho y derecho;
mas, si juntitos cresimos,
no é rasón nos separemos
ahora por sé mayores,
tanto má, cuando en er pecho
se grabó de tar manera
tu rostro tan hechisero
que fuera ya pá arrancarte
inútil hoy todo esfuerso.
Ya comprenderás, Rosario,
con lo dicho mi deseo;
ya sé que tú vales mucho
y que yo no te meresco;
pero... ¡si te quiéo tanto!
¡Siento por ti tal afecto,
que mi amor ha de suplir
mis probes y escasos méritos!
Conque dime, Rosarico:
¿Vamo á yegar á un acuerdo?
¿Consientes en ser mi esposa
cormando asín mis deseos?...
¿Qué me contestas?...

Ros. (Vacilando.) Pué... yo...
(¿Qué le diré, Dios der sielo?
Esto ya era d'esperá...)

Jos. ¡Vamo, dí, que estoy sufriendo.
Rosarico... ¿Qué?... ¿Te cayas?...

Ros. José, yo... acsedé no puéo
á lo que quieres...

Jos. ¿Qué dises?...

Ros. La verdá; sé que t'ofendo
no aceptando ese cariño
que m'ofreses, mas no puéo.
Quiéreme como una hermana,
José, como yo te quiero,
no pretendas de mi más,
que á más no me comprometo
ni é posible.

ESCENA IV

Dichos y FRASQUITO

FRAS. (Saliendo del ventorillo.) ¡Eh, muchacha!
Que t'esperan aquí dentro.
ROS. Voy en seguía. (Dirigiéndose al ventorrillo.)
JOS. (Tras de ella suplicante.) ¿Rosario?...
ROS. ¡Vaya, no seas muñeco,
ni te pongas tan pesao!
JOS. ¡Asín me tragara er suelo!

ESCENA V

JOSEICO y FRASQUITO

FRAS. ¿Estábamos de pendensia?
JOS. No, señó.
FRAS. ¿Pué qué era eso?
JOS. Que al expresarle á Rosario
mis amorosos deseos
que, osté, Frasquito conose
hase muchísimo tiempo,
m'ha contestao que no.
FRAS. No hagas caso.
JOS. ¿No? y muñeco
me yamó al yegar osté.
FRAS. Eso no lo dise en serio.
JOS. No lo crea usté, Frasquito,
lo dijo en serio, mú en serio.
No me tiene de cariño
ni tanto asín. (Señalando la punta de un dedo.
FRAS. No te creo.
Ven pa dentro, beberás
una jarra del añejo...
JOS. No, Frasquito, ahora no,
ya vendré si acaso luego.
FRAS. ¿Pero qué, te vas á ir?
JOS. Sí, por mor d'un forastero,
un señor al que mi pare
conosió en el extranjero,

y que ha venío á esta tierra
pa ve tóo lo que hay de güeno.
E pintor de mucha fama
y hombre de mucho talento.

FRAS. ¿Y le tenéis en tu casa?

JOS. Mucho costó convenserlo,
más ayí está dende ayer,
el pintor, don Luis der Cerro.

FRAS. ¿Der Cerro has dicho? (Con asombro.)

JOS. Cabar;
pero, Frasquito... ¿qué e eso?
¿Le conose osté acaso?

FRAS. Tanto como conoserlo... (Preocupado.)
no; pero oí hablar d'er...

JOS. ¿Cuándo?

FRAS. Hase mucho tiempo.

JOS. Pué nunca estuvo en Graná.

FRAS. No, no é d'aquí su recuerdo... (Habla con pausa y como abstraído por algún recuerdo.)
fué en Madrí... y hase ya años...

JOS. Tar vé, pue é madrileño.
Náa, Frasquisto. hasta la noche
que vendré con er, pue quiero
que se conoscan ostedes.

FRRS. Como quieras.

JOS. Hasta luego.

(Frasquito entra en el ventorrillo procurando exteriorizar la preocupación que le domina. Joseíco, que se dirige hacia la izquierda, se detiene.)

ESCENA VI

JOSEICO, poco después MELECIO

JOS. Por mis venas abrasando,
sangre no corre, que é fuego. (Marcha y se detiene al oir á Melecio que sale del ventorrillo, llevando un capacho que deja en el suelo.)

MEL. ¿A onde va?

JOS. ¿Hola, eres tú?
Pues marchaba pa mi casa.

MEL. ¿Pero, niño, qué te pasa?
JOS. A mí, náa. (Habla irritado.)
MEL. Por mi salú,
que nunca te ví yo así,
tan desatináo y siego...
JOS. Güeno, Melesio, hasta luego. (Con impaciencia y haciendo ademán de marchar.)
MEL. ¡Oye!
JOS. (Deteniéndose.) ¿Qué quieres de mí?
MEL. Dos palabras, pue te ví
que hablabas con la Rosario
y desirte é nesesario...
JOS. ¿Pero qué te importa á ti?
MEL. No seas asín, Joseíco.
¿No ve que estoy siempre aquí
y he visto que la gachí...
habla con un zeñorico?
Por eso... (Movimiento de asombro en Joseico.
JOS. Vamo, Melesio;
tú sin dúa t'has creío
que me caio d'un nío
ó acaso que soy tan nesio...
¡Vaya... que no pué sé!
MEL. Pué si la dúa t'aqueja
pueés verlos en la reja
si quiées. (Señalando la reja.)
JOS. ¡No he de queré! (Con rabia.)
¿Cuándo se ven? ¿A qué hora?
Por Dios, dímelo en seguía
ó acabará con mi vía
la rabia que me devora.
Habla por favó, Melesio;
sorprendé quiéo á l'ingrata
que con su desdén me mata,
pa mostrarle... mi despresio...
En cuanto á er... (Muy iracundo.)
MEL. Carma, José,
y piensa que eres un hombre.
JOS. Pué dime pronto su nombre. (Con ira.)
MEL. ¿Pa qué lo quiées sabé?
JOS. ¿Ser de otro Rosarico?... (Abstraído.)
¡Nunca, Melesio, imposible!
¡Fuera mi sufrir horrible!...

(Transición.) ¿Quién é, ese señorico?
Dime ya, por Dios, quién é.

MEL. (Inútir será cayar...)

JOS. ¿Quieres d'una ves hablar?

MEL. Pué... er hijo del marqués
de Montefrío.

JOS. (Con asombro.) ¿Manuer?

MEL. Er mismo.

JOS. ¿Ese canaya?...
De ira mi pecho estaya.
¿Y estás seguro que es er?

MEL. Como t'estoy viendo á ti.

JOS. Pero si ese é un perdío,
náa más entre juergas metío.
¿Y ha podío á un hombre así
darle Rosario su fe
que á mí me niega?...

MEL. (Encogiéndose de hombros.) ¿Qué quieres?
son... caprichos de mujeres.

JOS. Melesio... ¡Le mataré! (Con energía.)

MEL. Oye, oye, ¡quita jierro,
muchacho!

JOS. Estoy desidío
á tóo...

MEL. Y yo arrepentío
d'habé nombráo á ese perro.

JOS. ¿Arrepentío?... ¿Y Frasquito
está enterao der caso?...

MEL. Enterao... no; si acaso...
sospecha.

JOS. Pué nesesito
hablá con er... quiéo sabé...

MEL. ¡Ve con cuidíao, por Dios!
Que esto quée entre los dos.

JOS. Ya sé lo que m'he d'hasé. (Entra en el ventorrillo.)

ESCENA VII

MELECIO

¡Qué lástima de muchacho!
Er que siempre fué tan güeno,
tan juicioso, tan franco,

y verle asín de repente
tan furioso. tan huraño,
y tóo por esa mujé
que le tiene trastornao,
y hará que er muchacho, er probe,
tras d'armar algún escándalo,
acabe ar fin por perderse
sin que se puéa evitarlo.
¡El demonio son las jembras!
Hay pá darse á los diablos,
el vé que una sola puéa
causar á un hombre tar daño.
Y eso... que las jembras son
er sexo... debilitao;
si yegan á ser er fuerte...
¡Dios nos tenga de su mano!

(Pequeña pausa, mientras recoge el capacho del suelo.)

Vámonos hacia er maisal.
Melesio, coge er capacho
y trae forraje á las bestias
que ha rato están aguardando.

(Cuando marcha hacia el último término izquierda, salen del ventorrillo las señoras y caballeros del Coro, que le detienen y rodean.)

ESCENA VIII

MELECIO y CORO general

Música.

CORO. Aquí está Melesio,
éste nos dirá
si lo que se dise
es ó no verdá.
Venga acá, tío Melesio,
osté, que siempre está aquí,
debe de sabé si es sierto
lo que isen por ahí.

MEL. Yo no sé media palabra,
ni mi importa sabé náa,

pué que igan lo que igan
ni me viene ni me va.

CORO. Osté si lo sabe,
má no quiere hablá

MEL. I'os ar diablo
y dejáme está.

CORO. E osté un tunante,
viejo trapalón.

MEL. Id, no tengo gana
de conversación.

CORO. Ya que osté, Melesio,
á má de sé nésio
é tan reserváo
que no ise náa,
tó lo que sabemos
ahora le diremos
pó si osté se digna
desí si é verdá.

MEL. Quiera San Antonio
que os yeve er demonio
pué que sois más mala
que fué Barrabás,
á vé d'este móo
si acabáis der tóo
de movè la lengua
contra los demás.

CORO. ¡Ay, Josú! qué genio
que me gasta osté.

MEL. Si é malo, si é güeno,
náa tenéis que hasé.

CORO. Según disen, hase días
tiée la Rosarico
relasiones amorosas
con un señorico.
Disen también que é un moso
de mucho parné,
y por si esto fuera poco,
hijo de un marqué.
¿E verdá?
¿Diga osté?

MEL. Si é verdá
no lo sé.

CORO Disen que cuando aquí viene

es á media noche;
junto á la ermita der Cristo
deja siempre er coche.
Disen que hablan pó la reja
hasta amanesé...
se conose les h'entráo
mú fuerte er queré.
¿E verdá?
¿Diga osté?

MEL. Si é verdá,
no lo sé.

CORO. Por eso é tan orguyosa
la muchacha esa,
pensando que han de yamarle
señora marquesa.
Má que vaya con cuidiao
que pudiéa sé...
que er dichoso señorico
l'engañe en su queré.
¿E verdá?
¿Diga osté?

MEL Si é verdá
no lo sé.

CORO. ¿Entonse que sabe,
quiée osté desí?...

MEL. Pué sé solamente
lo que vais á oí:
Que si Rosario tiée novio
ú si no lo tiene,
me paese é una cosa
que ni os va, ni os viene.
Que si er novio é noble y rico
y ademá marqué,
pá vosotras me paese
que no tiée interé.
Si la quié mucho ó poco
ó la puée engañá,
tampoco eso, con franquesa,
os debe importá.

CORO. No se l'ocurrió
otra cosa hablá.

MEL. Siempre é mejó esto
que no murmurá.

CORO. Vamos satisfechos
con su explicasión.
MEL. E que é visio feo
la murmurasión.

(Retírase el Coro por los primeros términos izquierda. Melecio coge el capacho y marcha también por la izquierda, pero último término.)

ESCENA IX

MARÍA DEL ROSARIO, á poco MANUEL.

Hablado.

ROS. (Saliendo del ventorrillo.)
¡Cuatro día sin vení! (Con tristeza)
¿Qué le podrá suseer?
¡Sabiendo que esta mujer
no puée sin er viví!...
¿Será farsa su pasión?
¿Acaso m'engañará
y dejarme pensará?...
¡Cuár me late el corasón!
(Con pasión.) Yo sólo vivo por él
y tóo en su amor lo fío...
¡Que no m'engañe, Dios mío!
(Con alegría.) Arguien s'aserca... ¡Manuel!...
MAN. ¡Gracias á Dios, vida mía,
que me encuentro junto á ti!
¿Has pensado mucho en mí?
ROS. No t'orviáo ni un día;
pero m'as hecho sufrí,
Manuer, lo que no é desible.
¡Si me paese imposible!...
¡Cuatro días sin vení!...
De tu ausensia la rasón
que me digas nesesito,
y verá tu Rosarito
si mereses su perdón.
MAN. Pero... (Vacilando, como el parlamento siguiente.)
ROS. ¿Por qué no has venío?
MAN. Porque... mi padre, ocupado

estos días... me ha obligado
á estar con él... y he tenido
que ayudarle... (es el modo
para mejor escapar)
pues le gusta manejar
por sí su hacienda, eso es todo.
La vendimia terminó,
y libre por fin quedé;
mi padre á Madrid se fué...

ROS. ¿A Madrid?

MAN. Sí, ayer marchó.
Desde hoy, Rosario, ya queja
por mi ausencia no tendrás,
y confío en que saldrás,
cual de costumbre, á tu reja.
Esta noche esperaré;
de nuestro amor hablaremos...
pues ya es fuerza que tratemos
del porvenir...

ROS. (Vacilando.) No podré
tar vé á la noche salir ..

MAN. (Aparte.) (Es preciso convencerla
y como logre atraerla...)

ROS. ¿Qué piensas?

MAN. ¿Qué va á impedir
que hable contigo esta noche?

ROS. Nada en verdá... ya veré...
(Titubeando.) d'un móo ú otro... saldré.

MAN. ¡Mil gracias!... (Dispondré el coche.)

ROS. Ahora, véte ya, Manuel,
puée mi pare salir...
(Mirando con recelo hacia el ventorrillo.)

MAN. ¿Y vas á dejarme ir
sin un abrazo?...

ROS. (Entre confusa y ruborosa.) ¡Cruel!...

MAN. ¡Dices que me quieres tanto!...

ROS. ¿Acaso... eso no es quererte?...
(Con cariño y al propie tiempo con tristeza.)

MAN. ¿Accedes?...

ROS. (Ruborizada y angustiosa.) Que puéen verte,
márchate ya. . ¡Cielo santo!
¡Mi pare!...

MAN. ¡Adiós! (Vase corriendo por la izquierda, último término.)

ESCENA X

ROSARIO, FRASQUITO, JOSEICO y MELECIO.

(Frasquito y Joseíco salen del ventorrillo en el preciso momento de dar Manuel el abrazo á Rosario. Melecio sale por el último término izquierda á tiempo oportuno de detener á Joseíco, cuando el parlamento lo indique, dejando caer al suelo el capacho forrajë con el que sale cargado.)

JOS. (Sacando la navaja.) ¡Canaya!
FRAS. ¡Manuer!
JOS. ¡Yegó l'ocasión!
MEL. ¡Detente! (Sujetando á Joseíco.)
FRAS. Ten reflexión.
ROS. ¡Por Dios, Joseíco!...
FRAS. (A Rosario, que llora.) ¡Caya!
¡D'esto tú eres la curpable!
MEL. Ar que juye, puente é plata.
JOS. ¡E que mi dicha arrebata!
FRAS Déjale está...
JOS. (Con ira.) ¡Miserable!
Ofendé asin á Rosario...
suértame... (Forcejeando con Melecio.)
MEL. Fuera ya tarde,
subió ar coche. (Mirando hacia la izquierda.)
JOS. (Iracundo) A ese cobarde
de la deshonra emisario
l'he de matar...
FRAS. Este asunto
déjale estar tú, José.
Yo solo l'arreglaré.
JOS. ¿Que lo deje?...
FRAS. Sí.
MEL. (Aparte.) (Barrunto
que esto no acabará bien.)
Vente conmigo, Joseíco... (Tirando de él.)
JOS. E que... (Resistiéndose.)
MEL. ¡No seas borrico,
hombre!
JOS. Le mataré.
MEL. Amén. (Vase, llevándose á Joseíco, por la izquierda, primer término.)

ESCENA XI

ROSARIO y FRASQUITO, después MELECIO

FRAS. Rosario, quéo admiráo
con lo que acabo de vé
pue nunca pué creé
me tuvieras engañáo.
Jamás créito quise dá
á ese tu amor, que por tóos,
aunque de distintos móos,
no sesan de comentá;
má hoy, veo la verdá
ante mis ojos patente;
rasón tenia la gente,
tu pasión é realidá.

ROS. ¡Pare!... (Bajando la cabeza avergozada.

FRAS. (Con severidad.) De ese hombre orvía
el amor.

ROS. (Con pasión.) Antes la vía
perderé si é nesesario;
pero no puéo... (Con angustia.)

FRAS. (Con cariño.) Obeése,
te lo digo por tu bien.

ROS. Pero... si é tan güeno. (Con pasión.)

FRAS. ¿Quién?

ROS. Mi Manuer.

FRAS. Te lo paése
á ti; pero no é verdá.
Lo que hase con farsa maña
ese hombre, é que t'engaña.

ROS. ¿Dúa osté de su leartá?

FRAS. En cuanto yegar me vió
ya viste cómo se fué.
¿Si t'ama de güena fe,
por qué no se dirigió
á mí?

ROS. (Aparte.) (No sé qué desir.
La sorpresa... (Titubeando.)

FRAS. No, no hay tal;
er temó der que obra mal
é lo que le jiso huir. (Melesio sale por la izquier-

da y queda á la puerta del ventorrillo, escuchando.)
¡Rosario!...

ROS. Estoy desidía
y mi elección no me pesa.

FRAS. Voy á ver á la marquesa...
ya hablaremos, hija mía.

ROS. ¿Osté á casa Manuer? (Con sorpresa.)

FRAS. Sí.
¿Por qué no?

ROS. (Con ansiedad.) ¿Qué vá osté á haser?

FRAS. Pué que no quieres seder,
impeir que ér vuerva aquí.

ROS. Pare, as'n mi dicha trunca.

FRAS. Piénsalo con detensión.

ROS. (Energía.) Ya lo pensé, er corasón
se rompe, doblarse ¡nunca!

MEL. (Aparte.) (De tóo lo que pasa aquí
tiée la curpa er señorico.)

FRAS. Hasta luego, Rosarico. (Vase por la izquierda.)

ROS. ¡Ay Dios! ¿Qué va á ser de mí? (Llora.)

MEL. (Tiée la probe mar disgusto;
como pesque á ese marqués
le meto en er cuerpo un susto
que no le sale en un mes. (Entrase en el ventorrillo.)

ESCENA XII

ROSARIO

¡Adiós, porvenir risueño
que forjó mi fantasía!...
¡Mi amor fué cuar flor d'un día!
¡Mi felisiá... un sueño!...

Música.

Virgen der Triunfo adorada,
tú que vés la pena mía,
has que á mi arma acongojada
vuervan la pás y alegría.
Tú sabes cuánto l'adoro

y cuán firme é mi pasión;
sin su amor vivir no puée
este probe corasón.
Si me privan su cariño
pá qué ya la vía quiero
si mi dicha en este mundo
sólo de Manuel l'espero.
Felís recuerdo
las durses horas
que yo pasaba
junto á Manuel,
cuando á mi reja
con frase tierna
su amor juraba
ser siempre fiel.
Yo l'escuchaba
mú conmovía
y en mí sentía
tal emosión,
que enamoráa
también juraba
ser suyo siempre
mi corasón.
Por mi Manuel
arrostraré
tóo er furor de mi pare
y mostraré
tanto valor
pá defender con alma
nuestro amor,
que lograré
cuanto er corasón ansía
ó moriré
cumpliendo siempre mi deber
de no ser farsa á mi querer.

....

E inutir que mi pare
me diga: «Rosario, orvía;
el amor que é verdadero
sólo acaba con la vía.
En él sifro mi esperansa
y él lo é tóo para mí,
cuanto má quieren que orvíe

má su amor se graba aquí.
¡Virgen der Triunfo adorada,
apiádate de mi dolor!
¡Virgen mía idolatrada,
da protección á mi amor!
(Cae de rodillas, llorando.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN y PACO

RAM. Pues sí, Paco, el señorito
muy escamado me tiene,
pues aunque me conste á mí
su estrella pa las mujeres,
eso era bueno en Madrid
porque allí todo se vende
con tal de que el comprador
repleto el bolsillo lleve.
Aquí no pasa lo mismo,
Paco, es muy diferente..
Por un quítame... esa moza,
una puñalá te meten
en mitad de las entrañas,
como cinco y dos son siete.
PACO. ¡Caracoles!
RAM. Lo que oyes
PACO. ¿Tan... graciosos son?
RAM. Parece.
Conque, no te digo nada
de lo que pasarnos puede
al robar una muchacha
como don Manuel pretende. (Pequeña pausa.)
Esta mañana, me dijo:
«En cuanto la noche cierre,
junto al «Cristo de la Yedra»
preparado has de tenerme
el coche.» ¿Tronco ó la yegua?

preguntè yo. «Me conviene
más el tronco, por si acaso
la carrera larga fuese,»
y añadió: «Mira, Ramón,
tú al ventorrillo te vienes
tras de mí, dejando á Paco
al cuidado de que espere
en el punto que te he dicho,
encargándole se interne
si la luna clareara,
adonde no puedan verle.»

PACO. Pues anda y di al señorito
que conmigo que no cuente,
si tú quieres ayudarle...
allá tú.

RAM. Pero, ¡zoquete!
¿Quién te ha dicho á ti que yo
esté conforme en meterme
en tal lío?... Te lo digo
porque el asunto merece
la pena de que pensemos
qué será más conveniente
hacer.

PACO. ¿Y qué piensas tú?

RAM. Pienso, que lo más prudente
es decir á la marquesa
lo que ocurre, y ella puede
con su autoridad de madre,
ya que el marqués está ausente,
evitar que el señorito
su intento adelante lleve.

PACO. ¡Eso es!

RAM. ¿Te parece bien?

PACO. ¡Pero que perfectamente!

RAM. Pues vámonos hacia casa
antes que la noche llegue,
para hablar con la señora
y acordar lo que ha de hacerse.

PACO. Pues andando; el tiempo es oro.

RAM. Segun dicen los ingleses. (Vanse)

ESCENA II

JOSEICO, ANTONIO y DON LUIS.

Jos. L'aseguro á osté, don Luis,
que ha de quear convensío
en cuanto que osté la vea,
que esa Venus que tiée un mirlo...
D. Luis. del Milo, hombre.
Jos. E iguar,
que osté ayá en París ha visto,
no tiée comparasión
con mi niña Rosarico.
Ant. Er demonio der muchacho. (A D. Luis.)
D. Luis. ¡Vamos, hombre! ¡Joseíto!
Ant. En cuanto que jabla d'eya (Igual.)
pierde tóo su juisio.
Jos. Verá osté una cara hermosa
y sabrá lo que hay de fino
por esta tierra al mirarla.
D. Luis. No lo dudo, Joseíto;
pero esa estatua de Venus
á que tú te has referido,
para artistas y profanos
en el arte, siempre ha sido
por su concepción hermosa
de belleza prototipo.
Jos. Osté dirá lo que quiera;
pero lo que é Rosarico
de potro no tiée náa,
pero en lo tocante á tipo
le juro á osté por mi fe
que entoavía no ha nasío
la jembra que se l'iguale
en hermosura y trapío. (Pequeña pausa.)
Reuna osté tóo lo güeno
que en er mundo haya osté visto,
cuente con lo que no vió,
l'añae osté... otro poquiyo...
y con tóo eso... y aún má,
no habrá osté ¡ca! recogío

lo bastante pa que puea
compararse á Rosarico.

D. LUIS. Mujer hermosa ha de ser
para ese entusiasmo, chico.

JOS. Si aqueyo no é muje, señó;
é de la gloria un cachito
que se desprendió d'arriba
tan sólo porque Dios quiso
supiéramos aquí abajo
lo que hay de güeno y bonico
por aquellos andurriales
cuna de los angelicos.

D. LUIS. Vamos, que te entró de lleno
esa mujer...

JOS. Así ha sío,
y á osté y á tóo er que la vea
le suseerá lo mismo.

D. LUIS. Nada, pronto lo veremos.
Vamos hacia el ventorrillo,
que estoy ardiendo en deseos
de ver á esa .. Rosarico. (Marchan los tres hacia la derecha, continuando el parlamento.)
El final ya lo preveo,
la Vicaría, de fijo.

JOS. Eso desea mi pare,
y yo, y er señó Frasquito;
pero eya no me quiere.

ANT. ¿Qué sabe tú?

JOS. Si lo dijo
esta mañana mú seria...
Tóo por un señorico
que la tiée engatusá
con su riquesa y su título.

D. LUIS. ¿Su título?.. (Con extrañeza y deteniéndose.)

ANT. Sí; é un marqué.

JOS. (Con ira.) E un tunante, un perdío,
que en cuanto que yo le piye
le dejo seco en el sitio. (Vanse los tres por la derecha.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

nterior del ventorrillo. Al foro y en el centro la puerta de entrada. A la izquierda de ésta, la reja, cuyo exterior figuraba en el primer cuadro. A la derecha el mostrador y escaparate con botellas; al lado toneles como de costumbre en estos establecimientos. Puertas laterales, practicables las de la derecha, cubiertas con cortinas de percal.

ESCENA PRIMERA

El CORO, dispuesto en forma de una animada escena de cante y baile. ROSARIO, JOSEICO y DON LUIS, sentados formando grupo á la izquierda. FRASQUITO y ANTONIO, á la derecha.

Música.

CORO. Viva, viva Graná, ciudad bendita,
tierra de amores;
aquí er sol briya más, tienen más perfume
y coló las flores.
Er que una vé yegó
á vé tu vega.
que er Darro baña
ya pue é desir que vió
lo mejorsico
que tiene España.
No hay en er mundo
ciudá que tenga
tantos tesoros
como esta ensierra

—

Anda, chiquiya
sal á bailar,

menea el cuerpo
con gracia y sal.

—

Pa que admira yo puéa
tu cuerpecito,
baila, morena mía,
baila un poquito.

—

Si cuando admiro, niña
tus movimientos
penetrá tú pudiera
mis pensamientos,
tengo por bien seguro,
prenda quería,
que estarías bailando
toda la vida.

Hablado.

D. Luis. Razón tenías, Joseíto.
Jos. ¿No se lo dije?
D. Luis. Es un cielo
la muchacha, y á su vista,
si he de ser franco, te advierto
que la pintura que hiciste
de ella fué sólo un boceto.
Ros. ¡Por Dios!... (Ruborizada.)
D. Luis. Nada tema, niña,
si justicia hago á su mérito;
después de todo, mi edad
á nadie ha de causar celos.
(Continúan los tres hablando bajito.)
Ant. ¿Qué te paese mi plan?
Fras. Cuar tuyo, Antonio, soberbio,
y mi aprobasión yo diera
mú gustoso dende luego...
Ant. ¿Pué entonces?
Fras ¿No comprendes
por qué vasilo, no é eso?
Ant. Claro está
Fras. Pué oye, Antonio,

la explicasión der misterio. (Bajando la voz y mirando con recelo á su alrededor.)
Rosario no es hija mía.

ANT. ¿Cómo?

FRAS. Lo que estás oyendo,
Yo, como tú, acarisiaba
la idea dende hase tiempo
de casarla con tu hijo,
que me consta que é mú güeno:
pero eya asín no le quiere,
y puesto en este terreno
el asunto, yo obligarla
á tóo transe no puéo.
Por una casualiá,
ó tar vé por Dios dispuesto,
hoy s'encuentra aquí su pare,
y él é quien tiée er derecho
á disponé... de su hija,
yo no.

ANT. E verdá.

FRAS. A ma d'esto,
el amor del marquesico... (Con ironía.)

ANT. Pero, Frasquito, yo entiendo
que é desiguar...

FRAS. E imposible;
y aquí viene der secreto
la parte más importante.
Tar vé... don Luis der Cerro...
pudiera...

ANT. ¿Qué quiées desir?

FRAS. Mu pronto vas á saberlo.
Don Luis, haga osté er favó...
(Don Luis se levanta y se dirige junto á Frasquito y Antonio.)

D. LUIS. Con mil amores. ¿Qué es ello?

FRAS. Consurtá con osté un caso...
Rosario, ve con Melesio
y que beban los amigos.
José, ve también con eyos.

JOS. En seguía. (Levantándose y reuniéndose á los indicados.)

ROS. (Igual que Joseico.) ¿Qué será?
(No se por qué dúo y temo.)

FRAS. Pronto os seguimos nosotros,
sólo é cuestión d'un momento.
(Salen por la última puerta lateral derecha Rosario, Joseíco y coro general.)

ESCENA II

FRASQUITO, ANTONIO y DON LUIS; á su tiempo ROSARIO y JOSEICO.

ANT. Ya estamos solos.
D. LUIS. ¿Se trata?
FRAS. Se trata, señor der Cerro,
d'un asunto má que grave,
que data ya ma ó menos...
asín... como veinte años,
y é de difísil arreglo.
Nunca yo lo mensionara
quebrantando er juramento
que hise un día, ma las cosas
yegaron ya á tal extremo,
que s'hase forsoso hablá
pa vé de ponerles término.
D. LUIS. No me explico que yo pueda...
FRAS. E que osté en este suseso
sospechó que... é jues y parte.
D. LUIS. ¿Yo? (Con asombro.)
FRAS. Sí, señó.
D. LUIS. No comprendo...
explíquese usted.
FRAS. A eso voy
pa que puéa comprenderlo. (Pausa.)
Siendo joven yo entoavía,
estuve en Madrí, sirviendo
en casa... don Bartasar...
viudo, opulento banquero,
que ademá de sus millones
y una seriedad modelo,
tenía... una hermosa hija...
D. LUIS. ¡Mercedes!... (Interrumpiéndole.)
FRAS. Justo; un portento
de beyesa... ¿no é verdá?

D. Luis. Era hermosa, como un sueño
de artista, no cabe duda,
más... Frasquito, ese recuerdo...
¿Usted sabe?...

Frrs. Lo bastante.
Escúcheme, pué. Reverso
de su pare, era Mersedes.
Don Bartasar fué mu güeno,
eya, en cambio, acostumbráa
dende niña, á satisfechos
ve siempre tóos sus caprichos
sin que traba arguna á eyos
pusiera nadíe, adquirió
carácter tan artanero,
que resistir no podía
nadie siquiera un momento.
Don Bartasar, que enfrascao
en asuntos finansieros
no podía de su hija
cuidar, con tóo el esmero
que requería su edá,
pensó, según supe luego,
dar á su hija un marío
que la pusiera á cubierto
de las traisiones der mundo,
eligiendo á tal objeto
de entre tóos los pretendientes
á un marqués, que si no viejo,
era ya argo entráo en años.
¿Qué ocurrió por aquer tiempo?
Lo ignoro, porque yo entonces
me casé con mi Remedios,
que Dios en su gloria tenga,
y nos fuímos á su pueblo.
Más tarde, por referensias
sólo, sé que dijeron
aquellos días, que un joven,
que iba pa pintor, por sierto,
consiguió de Merseditas
dominá el artivo genio
arcansando su cariño...
y engañándola...

D. Luis. Protesto.

ANT. ¿Osté?
D. LUIS. Sí, yo.
FRAS. ¿Aquer pintor?
D. LUIS. Era yo, don Luis del Cerro.
FRAS. (No m'engañé.)
D. LUIS. Pero juro
bajo fe de caballero,
que el amor que Merceditas
me inspiró, fué verdadero. (Pequeña pausa.)
FRAS. Er resurtáo der caso
fué, que pasáo argún tiempo,
don Bartasá me llamó
á su quinta de recreo,
donde instaló á Merseitas
pa evitá de que er suseso
que fatarmente esperaba,
diera lugar ar despresio
de la sosiedá, si ácaso
yegaba á eya argún eco. (Pausa.)
Ayá, en su despacho solos,
sin ma testigo que er sielo,
me dijo don Bartasar:
Frasquito, este secreto
que acabo de revelarte
jura guardar en tu pecho
en lo ma hondo, pué dáa
mi formar palabra tengo
de casar á Merseitas
y retirarla no puéo.
Er fruto de su deslís,
que mi honra yena de sieno,
yévale lejos d'aquí,
críale con tóo el esmero
que la infelís criatura
merese, ma de ti espero
que l'eduques, sin que nunca
sepa cuál é su abolengo.
Y entregándome valores
que bastaban con exseso
pa atender por muchos años
su educasión y sustento,
despidióme er güen señó
encargándome de nuevo,

con lágrimas en los ojos,
guardara bien er secreto.
Salí ar fin d'aqueya casa
yevando tóo un infierno
en la cabesa, y en brasos
un ángel puro durmiendo.
Dentro d'un coche, á la puerta
esperaba mi Remedios;
puse en sus brasos la niña,
prodigóla sus maternos
cuidáos... y ahí tiée osté
en que vino á parar eyo.
Y una niña que tenía
derecho por tòos conseptos
á gosar en este mundo
d'un porvenir opulento,
por asares de la vía
de los que nadie está exento,
pasó á ser modesta hija
de Frasquito er tabernero.

D. LUIS. (Levantándose y demostrando gran emoción.
De manera que Rosario...

FRAS. Má bajo, señó der Cerro.

D. LUIS. Pero es mi hija... (Con exaltación.)

FRAS. (Mirando con recelo á su alrededor.) Má bajo,
por favó, don Luis, silensio.
Tien oíos las paredes
á veses... y adiós secreto.

D LUIS. ¡Si no deseo guardarlo! (Con exaltación.)
¡Si á la fáz del mundo entero
quiero abrazar á mi hija,
á mi hija!... ¡Dios del cielo!...

FRAS. No, don Luis, por favó
que se reporte le ruego.

D. LUIS. ¿Sabe usted, señor Frasquito,
lo que son estar sufriendo
veinte años, sin saber
queriendo romper el velo
que ocultaba aquel asunto
siempre entre sombras envuelto?
Y ahora que por mi suerte
he logrado al fin saberlo...
¿quiere usted que me contenga?

FRAS. Lo exijo, señor der Cerro.
D. LUIS. ¿Por qué habló usted?
FRAS. Pá evitá
que ocurra .. un caso tremendo.
D. LUIS. ¿Cómo? (Con sorpresa.)
FRAS. Que puso Rosario
su amor, en cierto... sujeto
en mal hora.
D. LUIS. En un marqués,
no hace mucho, me dijeron.
FRAS. Sierto; pero ese marqué
é el hijo de... (A don Luis solo.)
D. LUIS. Comprendo.
¿De Mercedes? (A Frasquito solo.)
FRAS. Ya vé osté.
D. LUIS. Si, Frasquito, ya lo veo,
fuera un crimen no evitarlo.
Viendo á Mercedes... yo creo...
FRAS. No, señor; no é nesesario,
hoy mismo sin ir má lejos
estuve á verla.
D. LUIS. ¿Y qué dijo
al exponerle el objeto?
FRAS. Que haría lo que debía,
conteniendo á... su heredero
D. LUIS. ¿Y de su... hija?...
FRAS. Ni palabra.
Tiée er corasón de hierro.

(Aparece Rosario por la última puerta derecha, y procurando no ser vista se oculta tras la cortina de la primera puerta derecha.)

ROS. (Si escuchar argo pudiera...
Yo no vivo, no sosiego,
hasta sabé de qué tratan.)

(Joseíco sale también por la misma puerta que Rosario y por detrás del mostrador sale por la puerta del foro, procurando que no le vean.)

JOS. (Me están matando los selos.
Se salió... porque l'espera
á Manuer... ¡También yo espero!)
ANT. ¿De móo que de Rosario,
ni fué su mare Remedios,
ni tú su pare tampoco?

FRAS. Ya l'has estáo tú oyendo...
ROS. (¿Qué disen?) (Aparte.)
FRAS. Si menti, fué
po guardá mejó er secreto.
ANT. ¿Y la mare de Rosario
vive aún?
FRAS. Pué ya lo creo,
y no mú lejos d'aquí...
ANT. ¿Y osté, don Luis? (Dirigiéndose á él.)
ROS. (Saliendo.) ¡Dios eterno!

ESCENA III

DICHOS

ROS. ¿Qué é lo que acabo d'oir?
¿Que mentía osté ar desir
que había muerto mi mare?
¿Que tampoco osté é mi pare?
¿Pué por qué haserme sufrir?
¿Vive mi mare quería
tanto por mí bendesía,
por la que tanto he yoráo
creyéndola ya perdía...
y yo no estoy á su lao?
¿Y osté de tóo enterao,
osté á quien tanto respeto
y como á pare he mirao,
ha podío estar cayao
sin revelarme er secreto?
¿Puo osté con carma ver
mi continuo paeser
de mi mare al recordar?...
¿No s'atrevió osté á exclamar:
no yores ya má, mujer,
tu mare, yena de vía,
esta aquí, no está en el sielo,
y espera con gran anhelo
ver á su hija quería
que é su único consuelo?...
¡Pronto, verla nesesito,
quiero en mi pecho estrecharla,

amorosa contemplarla
y mi cariño infinito
con mis besos demostrarla!
Que sepa... ¡Cuánto la quiero!
¡Cuánto por eya he sufrío!
¡Qué su recuerdo ha vivío
siempre en mí, y que aún espero
recuperar er perdío
amor que ansiando está el arma!...
No retarde osté, por Dios,
el instante d'ir en pos
de mi alegría!...

FRAS. (Interrumpiendola.) Ten carma
y hablemos antes los dos.

ROS. ¿Carma quiere osté que tenga?
¿No comprende, sielo santo,
que después de yorar tanto
no hay náa que me contenga
si ha d'acabá con mi yanto?

FRAS. No lo creas, no, Rosario,
tan pronto no han de seder
tu yanto y tu paeser,
pué de tu vía er Carvario
ahora vas á recorrer.

ROS. ¿Qué m'importa mi dolor? (Exaltada.)
Puée Dios ponerlo á prueba;
pero... ¿por qué no me yeva
junto á mi mare?... ¡Señor!...
¡Se lo pío por favor! (Con acento triste.)
(Llora.) ¡Por lo que má quiera, pare!...

FRAS. No pueo.

ROS. (Arrodillándose.) ¡Por caridá!...

FRAS. No insistas...

ROS. (Con desesperación.) ¡Dios de bondá!...

FRAS. (Después de un momento de vacilación, levanta á Rosario, empujándola hacia don Luis.)
Don Luis, aunque mal le cuadre,
yeve á su hija con su mare
si s'atreve... (Suena un tiro.)

(Al disparo salen en tropel por la segunda puerta derecha Melecio y coro general, dirigiéndose todos hacia el foro.)

ESCENA IV

Dichos, MELECIO, CORO; á su tiempo JOSEICO.

FRAS. ¿Qué hay?
D. LUIS ¿Qué pasa?
ANT. ¿Qué ocurre?
N. N. Que Joseíco
aquí delante de casa
pegó un tiro ar marquesico.
ROS. ¡Jesú!
ANT. No puée sé.
N. N. Es sierto.
D. LUIS. (A Rosario, que trata de salir.)
¿Dónde vas? (Sujetándola.)
ROS. Dejad que sarga.
FRAS. ¿Y l'herío?
N. N. Sí, está muerto.
ANT. ¿Qué dises?
ROS. ¡Jesús me varga! (Cae medio desvanecida en brazos de don Luis, quien la retiene, y viendo que Rosario llora, la dice con gran cariño.)
D. LUIS. A mis brazos, hija mía.
En ellos hallarás calma.
ROS. ¡Ay Manuer! ¡Manuer der arma!
MEL. No en barde yo me temía
un desenlase fatal.
(Entra Joseíco por el foro, empuñando una pistola.)
ANT. ¿Qué has hecho, desgrasiao?
JOS. Dejá de sé hombre honrao.
Convertirme en criminal
por amor á esa mujé;
su desdén mi braso armó
y hasta er crimen me yevó
el negarme su queré.
ROS. ¡Asesino! (Llorando.)
JOS. Cuanto quieras,
pero por tu causa ha sío.
Yo er juramento he cumplío,
pue juré que d'el no fueras.

ROS. ¡Miserable!
FRAS. (Aparte.) (¡Desdichao!
Nunca pue yo creer
yegara tar cosa á haser
por los selos impulsao!)
ANT. ¡Mi vejes has amargao!
FRAS. Llévale. (A Antonio.)
ANT. (A Joseíco.) Ven, puéen verte.
JOS. No importa, venga la muerte
ahora; ya m'he vengao.

(Salen por la puerta del foro Joseíco y Antonio Melecio y el Coro se retiran hacia el foro, formando grupos, suponiendo que comentan lo ocurrido y miran hacia fuera, suponiéndose que miran el cadáver del Marqués.)

ROS. ¡Ay pare, triste y sombría
la vía se me presenta,
que ese crimen de mí ahuyenta
pa siempre tóa mi alegría!

ESCENA FINAL

Dichos, á su tiempo la MARQUESA y RAMÓN.

D. LUIS. No pienses tal.
MAR. (Dentro.) ¡Mi Manuel!
¡Mi hijo...!
FRAS (Con asombro.) ¿Su mare aquí?...
MAR. ¿Quién pudo ser el cruel?...
(Dentro.) ¡Ay!
D. LUIS. ¡Mercedes! (Mirando por la reja.)
ROS. ¡Ay de mí!

(Entra Ramón sosteniendo á la Marquesa, desmayada.)

RAM. Por favor, señor Frasquito (Frasquito ayuda á Ramón á entrar á la Marquesa y sentarla en una silla.)
una silla, la señora
al ver así... al señorito...
pues... se desmayó.
FRAS (Ahora
é cuando er peligro empieza.

¿Quién la puo prevenir
pa asín haserla sufrir?...)

D. LUIS. No la robaron belleza (Contemplándola.)
los años... ¡Pobre Mercedes!...

RAM. Agua...

FRAS. Mejó é vinagre. (Cogiendo una botella del mostrador.)

D. LUIS. Rosario que la consagre
sus cuidados. Ve, tú puedes
mejor que nadie cuidarla.

ROS. (Acercándose hacia la Marquesa para atenderla.)
¡Probe señora! .. ¡Qué pena!...
Tiée trasa de mú güena.
Er doló puo matarla. .
y á mí... que sufro también... (Vacila como si fuera á desmayarse. Frasquito, que la ha estado observando, la sostiene en sus brazos.)

FRAS. ¡Rosario!... niña... ¿qué tienes?

ROS. No sé... estayan mi sienes...

D. LUIS. ¡Hija!... (Al notar su estado.)

ROS. No m'encuentro bien.

FRAS. Retírate.

ROS. (Reponiéndose.) No, ya pasó...
Ne fué náa... sólo un vahído...

MAR. ¡Ay! (Volviendo de su desmayo.)

D. LUIS. (Dirigiéndose hacia la Marquesa.) ¿Qué es eso?

RAM. Suspiró.
Va recobrando el sentido. (Ramón se retira hacia el foro. Don Luis se coloca detrás de la Marquesa.)

MAR. ¡Ay, mi hijo!... ¡Mi consuelo!...
¿Qué será mi vida ahora?...

D. LUIS. (En voz baja á Mercedes.)
Castigo ha sido del cielo
á su proceder, señora.

MAR. (Se levanta, volviéndose rápidamente para ver á quien le habla.)
¿Quién dijo?... ¡No puede ser!
¡Luis!... (Con asombro al reconocerle.)

D. LUIS. (En voz baja, pero enérgica.)
Sí; aunque os aflija
acordáos de la hija
abandonada al nacer...

MAR. (Con exaltación y levantando la voz.)
¡Yo no tengo hija ninguna!...
¡Un hijo solo... y ha muerto!... (Llora.)
ROS. (Que ha escuchado con atención á la Marquesa.)
(¿Qué será?... ¡Si fuera sierto!...)
D. LUIS. (La ocasión es oportuna.)
(Después de un momento de vacilación.)
¡Esta es tu madre, Rosario!
(Movimiento de expectación en todos. Rosario se dirige rápidamente hacia la Marquesa y con gran cariño exclama.)
ROS. ¡Ay mare de mi arma!...
MAR. (Apartándose con terror.) ¡Atrás!
ROS. A tus pies si é nesesario
m'echaré...
(Trata de arrodillarse; pero la detiene don Luis.
D. LUIS. No, eso jamás.
(La marquesa excitada y como fuera de sí.)
MAR. ¡Está loca esta... mujer!
D. LUIS. No te humilles. (A Rosario.)
ROS. (Con entusiasmo.) Es mi mare.
D. LUIS. No... merece tu querer.
ROS. No diga osté eso... pare,
ó m'aparto de su lao
pa siempre... ¡Humiyasión!...
Pa un corasón honrao
tan solo venerasión
er nombre de mare encierra.
¿Hay náa que varga tanto?
¿Puée habé sobre la tierra
amor tan puro y tan santo
como er que una mare inspira?
No mir veces... ¡Mare mía!...
¡Mare de mi arma! (Con gran cariño.)
MAR. (Afectando indiferencia.) Delira...
ROS. ¡Bendito sea este día!...
MAR. Ya antes lo dije, está loca.
ROS. ¿Yo?... (Se detiene en su movimiento hacia la Marquesa y rompe á llorar en brazos de Frasquito.)
D. LUIS. (En voz baja; pero enérgica, á la Marquesa.)
Detenga usted su lengua
que mi paciencia es muy poca;

puedo faltarle... y es mengua
ofender á una mujer.
¿No le mueve á compasión
siquiera... su padecer?... (Señalando á Rosario que llora.)
(Con ira.) ¡No tiene usted corazón!

MAR. ¡Por Dios! (Confusa y avergonzada.)

D. LUIS. ¡Rosario! (Dirigiéndose á ella al verla presa de llanto histérico en brazos de Frasquito.)

FRAS. (Con gran cariño.) ¡Mi vida,
vuerve en ti!...

MAR. (Confusa.) (No sé qué siento...)

ROS. ¡Mare!... (Con acento desgarrador.)

MAR. (El remordimiento...)

(Rosario va acentuando más y más el llanto, hasta degenerar en una carcajada histérica al bajar el telón.)

MAR. ¡Hija!...

D. LUIS. ¡Al fin!...

MAR. ¡Hija querida!

(Dirigiéndose á Rosario, con los brazos abiertos, deteniéndola Frasquito, que dice.)

FRAS. Vuestro arranque maternal
es tardio é innesesario;
no os conose por su mal
mi María del Rosario...!

TELON

Cumplo un deber de gratitud haciendo público mi reconocimiento á los hermanos Uliverri y señor Porta, pues á sus indiscutibles méritos y cariñoso interés se debe el éxito de mi modesto trabajo.

Hago extensivo mi reconocimiento más expresivo á la señorita España, que con su habitual buena voluntad se encargó de la protagonista de la obra, á los pocos días de su estreno, alcanzando con sus envidiables dotes un señalado triunfo.

La enhorabuena á los citados artistas de su agradecido y afectísimo amigo,

José Miguel Gimeno.

Precio: UNA peseta.